

Inocencio XII. Envió á todas las cortes de Europa sus legados con breves apostólicos para armar á los cristianos, y por su parte hizo inmensos sacrificios de dinero para la guerra santa. « Compraré si es necesario, decia este papa, la victoria hasta » vendiendo el último cáliz, el último copon de Italia. » A su voz arman navíos la España, Portugal, Génova, Toscana y la órden de Malta, y la armada recorre el Archipiélago bajo el estandarte pontificio. Entretanto, por el continente, el vencedor de Temeswar, el príncipe Eugenio de Saboya, primer ministro de Austria y generalísimo de las tropas imperiales, en nombre del emperador Carlos VI, intima al Divan se contenga en los límites del tratado de Carlowitz, que ha quebrantado, y devuelva la Morea á Venecia. El Divan responde con declaracion de guerra. Al frente de un ejército de sesenta mil hombres, el invencible Eugenio derrotó á los Turcos en Peterwaradin, el 5 de agosto de 1716, como diez y nueve años antes en los llanos de Zenta y Temeswar. Seis mil Musulmanes quedaron en el campo de batalla: se cogieron ciento y catorce cañones, cincuenta estandartes y sumas considerables de dinero, y pocos dias despues la ciudad y fortaleza de Temeswar, último baluarte del islamismo, en Hungría, vuelve á entrar bajo el dominio de Austria. Un año despues, el 1.º de agosto de 1717, Belgrado, defendida por ciento y cincuenta mil Otomanos, y sitiada rigurosamente por el príncipe Eugenio, se rinde á los cristianos. Estas dos brillantes campañas dieron por resultado el tratado de Passarowitz. Los Turcos tuvieron que recibir la ley de los cristianos. Esta paz, una de las mas gloriosas y ventajosas para el Austria, desposeyó á la Puerta de Peterwaradin, Belgrado, Temeswar, Semendria y gran parte de la Valaquia y Servia. Fueron devueltas á Venecia plazas importantes en la Dalmacia é islas Jonias. La Puerta conservó la Morea, pero esto no compensaba ni con mucho lo que perdía en las regiones del Danubio. La paz de Passarowitz fué solemnemente firmada y ratificada en 21 de julio de 1718, poniendo el colmo á la gloria del príncipe Eugenio, que desplegó en esta ocasion tanta habilidad de hombre de Estado, como genio y heroismo al frente de los

ejércitos. El vencedor de los Turcos envió á Clemente XI, cuyo noble celo habia contribuido tanto á la victoria de las falanges cristianas, muchos estandartes quitados al enemigo. El papa, seguido del sacro colegio, fué á la basílica de Santa María la Mayor para dar gracias á Dios: con sus propias manos depuso en el altar de la Virgen los estandartes musulmanes, y entonó el himno del *Te Deum*. — Es claro que el príncipe Eugenio hubiera podido tomar á Constantinopla despues de la toma de Peterwaradin, Belgrado y Temeswar; y aun se dice que pensó en ello. Pero la Francia, Holanda, Inglaterra y Rusia, potencias mediadoras en el congreso de Passarowitz, contuvieron los designios belicosos del héroe. Se intimidaban de la fuerza y desarrollo prodigioso que iba tomando el Austria, y se hubiera creído roto el equilibrio europeo si los Alemanes hubiesen entrado como triunfadores en la capital de los Osmanlis. En tiempos mas cercanos á nosotros, ha salvado de nuevo á los Turcos esta espinosa cuestion del equilibrio europeo, [y si los Musulmanes mandan aun en la Europa, y en la antigua cuna del cristianismo, lo deben á mezquinas rivalidades de las naciones cristianas] (1).

37. Las vicisitudes políticas de la Morea, ora cristiana, ora otomana, dieron lugar entonces á la conversion á la fe católica de una parte de los Armenios: y este feliz acontecimiento fué obra de Mekhitar. Pedro Mekhitar habia nacido en Sebaste de la Capadocia, en 1676. Despues de haber estudiado en el monasterio patriarcal de Echmiadzin, recibió el grado de *vertabied* ó doctor. Fué á Constantinopla en 1700, donde se dedicó algun tiempo al púlpito. Estaban á la sazón divididos los Armenios de esta ciudad en dos obediencias á dos patriarcas rivales. Mekhitar intentó en vano reunirlos. Entonces volvió sus miradas á la Iglesia romana, y se atrevió á predicar abiertamente la sumision al papa, cuya heróica accion le atrajo el odio de los cismáticos. El mufti dió órden de arrestarlo; pero el animoso misionero logró sustraerse á todas las pesquisas, y disfr-

(1) Véase Poujoulat, *Historia de Constantinopla*, tomo II.

zado de mercader se fugó á Esmirna en 1702. Pero allí le persiguió un decreto del Gran Señor, y tuvo que ocultarse, y hallando ocasion oportuna se refugió á la Morea en un bajel veneciano, habiéndosele reunido despues muchos discípulos. La Morea pertenecia antonces á la república de Venecia, y su gobernador le cedió un arrabal cerca de Modon. El ilustre pros crito fabricó allí una iglesia y un monasterio donde habitó hasta 1717. A esta época la Morea volvió al poder de los Turcos, y Mekhitar se vió obligado á huir con su comunidad. En 8 de setiembre de 1717, el gobierno veneciano le cedió la isla de San Lázaro, donde fundó igualmente una iglesia con su monasterio, el cual fué residencia de los monjes armenios que, de su nombre, se llaman Mekhitaritas, y aun subsisten allí hoy dia. Mekhitar fundó además una imprenta para la publicacion de los libros necesarios á la instruccion de sus nacionales y para introducir entre ellos la doctrina ortodoxa de la Iglesia romana. En nuestros dias, por la influencia progresiva de la Europa cristiana han cesado ya las persecuciones; y los Armenios católicos tienen allí un patriarca que depende inmediatamente de la Santa Sede, y que de este modo resucita la nacionalidad armenia, que representa como sucesor de san Gregorio el Iluminador.

38. Testigo era en aquel mismo tiempo la Francia de un prodigio de celo y heróica caridad en la persona del santo obispo Belzunce. Era en 1720. Una jóven princesa de Orleans, hija del Regente, acababa de atravesar el reino en medio de fiestas y regocijos para ir á Italia y desposarse con el duque de Módena. Los señores franceses que la habian acompañado en este festivo viaje volvieron á Marsella en navíos adornados con guirnaldas de flores y con entusiasmados coros de música. Pero de repente corre la voz por todo Marsella de la imprevista aparicion formidable de una peste traída en un navío que venia de Sidon. A tan terrible noticia y en vista de sus inmensos y fulminantes estragos, nobles, ricos, magistrados, todos huyen de Marsella: el lazareto se ve sin intendentes, los hospitales sin administradores, los tribunales sin jueces, y hasta

las contribuciones y rentas del Estado sin colectores. Ya no quedaban en la ciudad ni proveedores, ni agentes de policia, ni aun jornaleros indispensables. La emigracion no se suspende sino cuando el parlamento de la Provenza marca una línea al rededor de Marsella, y amenaza con pena de muerte al que la traspase. Mas por desgracia, hasta el mismo parlamento huye, y solo le queda á la desconsolada ciudad su obispo. Todos le decian que se alejase como los magistrados: « No permita » Dios, respondió, que abandone á un pueblo de quien soy » padre: le debo mi celo y hasta mi vida, pues que soy pastor » suyo. » [La peste causaba espantosos estragos; por todas las calles no se veian sino montones de cadáveres, que quedaban sin sepultura quince dias y aun tres semanas: en muchas partes los perros devoraban los muertos abandonados, pues que nadie les daba de comer, y hasta rabiaban de hambre y de sed. El temor del contagio era tal, que los enfermos eran arrojados de las casas; hasta los padres tiraban por las ventanas á sus propios hijos, y los hijos á sus propios padres. Solo el obispo con sus clérigos y algun raro médico corrian de calle en calle, iban de casa en casa, socorriendo en lo posible á unos, curando á otros, consolándolos y animándolos á todos. El santo prelado no descansaba un momento ni de dia ni de noche. Sin embargo algunos religiosos, llenos de santa caridad, y viendo cerrados todos los pasos, pasaban con agua á la cintura los rios y canales para penetrar en la ciudad á fin de ayudar al heróico prelado. Llegó un dia en que todos cuantos le acompañaban cayeron muertos por el contagio, viéndose solo entre escombros, muertos, moribundos ó postrados y rendidos de cansancio y dolor.] La Europa entera admiró tanta caridad. Clemente XI, á mas de dos breves admirables que le envió, le remitió tres navíos cargados de trigo, pues que nada absolutamente quedaba en Marsella. Por fin el 20 de noviembre de 1720, Belzunce; milagrosamente conservado sano y animoso, consagró su obispado al sagrado corazon de Jesús. Se erigió un altar en una extremidad de Marsella, á donde el santo obispo se dirigió en procesion con los restos del clero y pueblo,

marchando, como otro san Carlos Borromeo, desnudo de piés y cabeza, con una soga al cuello y una cruz en la mano. Llegado al altar, pronunció entre sollozos y lágrimas la oracion de desagravios, despues de haber celebrado el santo sacrificio, pidiendo cesase azote tan espantoso y tan tenaz. Y en efecto, desde aquel mismo momento disminuyó la intensidad de la peste, y muy en breve quedó libre de ella Marsella. Quiso Luis XV nombrar á Belzunce obispo-par de Laon, y aun arzobispo de Burdeos; pero el santo prelado rehusó una y otra dignidad, para morir en su amada iglesia de Marsella. Los papas Clemente XI, Benedicto XIII, Clemente XII y Benedicto XIV le colmaron de testimonios de aprecio, ternura y respeto: Clemente XII le envió el palio.

39. Clemente XI terminó el 19 de marzo de 1721 su pontificado, uno de los mas largos, agitados y gloriosos para la Iglesia. En vano ha intentado denigrar el jansenismo á este gran papa: la ciudad luterana de Nuremberg acuñó monedas en honra suya; y el bajá de Egipto, al saber su muerte, declaró que no envidiaba para gloria del Alcoran sino un jefe como Clemente XI.

40. Hemos debido pasar ligeramente por las vidas de los santos y sabios doctores que consolaban á la Iglesia, para no interrumpir los grandes acontecimientos de fines del siglo xvii y principios del xviii.— El Beato Barbadigo, cardenal y obispo de Padua; el Beato Francisco Posadas, dominico; el Beato Nicolás Longobardi, mínimo; san Francisco Girolamo, jesuita; los dos Padres Segneri; san José de Cupertino; los Beatos Bernardo de Corleone, Offida, Buenaventura de Potenza, Tomás de Cora, Pacífico de San Severino, santa Verónica de Giuliani, todos franciscanos; el Beato José Oriol, sacerdote de Barcelona; el Beato Sebastián Valafré, sacerdote de Saboya, ofrecian en todos los ramos y clases de la sociedad ejemplos de virtudes de que siempre ha sido fecunda la Iglesia católica. La Francia admiraba la austeridad y santidad de vida del abad Rancé, reformador de la Trapa. [En España el cardenal de Belluga, obispo de Cartagena, el doctor Berni, célebre togado

de Valencia, y muchedumbre de sacerdotes, religiosos, religiosas y seculares de ambos sexos daban al mundo ejemplos de verdadera sabiduría, de celo por la defensa de la Iglesia y de la justicia, de virtudes sublimes y de la práctica de todos los deberes cristianos, aun en la vida secular y en medio del mundo. En las Américas fué prodigiosa la extension que tomaron las misiones de los religiosos Franciscanos y Dominicos. Santa Rosa de Ocopa y Tarija obraron infinitas conversiones, la primera mision en las cordilleras de los Andes hácia el Perú, la segunda en las vastas selvas del rio de la Plata. El clero secular se aumentaba de dia en dia, y se fundaban parroquias hasta en lo mas recóndito de ambas Américas, donde se instruian y catequizaban los Indios, y se edificaba á los que ya estaban arraigados en el cristianismo.] Gran número de sabios teólogos, filólogos, historiadores y filósofos, tales como Bianchini, Fontanini, Vignole, Laderchi, Ughelli, Ugolini, Ciampini, Banduci, etc., en Italia; Sirmondo, Petau, Labbe, de Marca, Morin, Combefis, Mabillon, Tillemont, d'Acheri, Alacio, Tomasino, en Francia; Ferreras, Pinio, Henrique, Florez, Nicolás Antonio, Aguirre, Rocaberti, Lujan, etc., en España, daban pruebas de que la Iglesia es reina no solo de las virtudes, sino de las ciencias; y tal es el testimonio que le daba Newton, á quien solo le faltaba la fe católica para estar al frente de los mas grandes hombres de este siglo famoso. El venerable Juan Bautista de la Salle, canónigo de Reims, fundaba en 1684 el instituto de las escuelas cristianas en favor de los niños pobres, que prosigue al través de las generaciones su humilde celo y heróicos beneficios. La Iglesia pasaba siempre, como su divino fundador, *beneficiendo*, « obrando el bien. »

§ III. PONTIFICADO DE INOCENCIO XIII (15 de mayo de 1721-7 de marzo de 1724).

41. Prescriben las constituciones para la eleccion del papa que para que esta sea legítima, es necesario sean llamados los cardenales ausentes, y aun los que pudieran estar excomulgados.